

“De la actualidad internacional. Hitler y los judíos”

El Diario, 28 de marzo de 1933, p. 3.

Las persecuciones de que vienen siendo objeto los judíos por parte de los fascistas alemanes, han dado motivo a una serie de aclaraciones de los actuales gobernantes del Reich denegatorias de las acusaciones concretas que han sido objeto por parte de la prensa mundial.

En verdad hay un problema más profundo que el que a primera vista surge al analizarse los acontecimientos. No se concibe en pleno siglo XX la persecución de los judíos por el hecho de haber negado la divinidad de Jesús. El espíritu religioso en el mundo moderno, está más cerca de la doctrina de amor que predicara el mártir de Galilea. Se ataca a las iglesias como organizaciones políticas. No se mata ni se persigue a nadie por sus creencias religiosas siempre que esas creencias religiosas no vayan contra la seguridad del Estado o contra los propósitos de los hombres dirigentes de un Estado en determinado momento de su evolución.

Tal lo que sucede en Alemania. La lucha antisemítica tiene un carácter eminentemente político. Hitler sostiene la doctrina pangermánica. Quiere que por arriba de los tratados o de los convenios internacionales acordados como una efectiva garantía de paz, surja una Alemania fuerte, capaz de jugar en la historia de la civilización humana una misión orientadora y trascendente.

Las ideas de Bismark y del superhombre de Niezsche son los modelos doctrinarios del racismo. Para que Alemania sea grande, sea fuerte, pueda cumplir su misión dentro de la cultura humana y llevar a cabo sus soñadas expansiones imperialistas, es necesario la unidad de propósitos, la unidad de métodos y la unidad de acción. Contra ese signo de expansión nacionalista van los intelectuales judíos que tienen sus cabezas cumbres en Einstein y en Ludwig, enemigos acérrimos de ese espíritu profundamente nacionalista y perturbador.

A nuestro entender los intelectuales judíos alemanes tienen razón desde el punto de vista de la fraternidad europea. Mirado con un criterio pangermanista, el propósito de Hitler encuadra evidentemente más en la psicología del pueblo alemán. Spengler es más alemán que Einstein. El pangermanismo es más fuerte que la serenidad. De ahí que haya triunfado Hitler. Pero si la explicación de los hechos, acaecidos en Alemania, está en esa lucha implacable entre el espíritu de Bismark resucitado por los pangermanistas y los intelectuales judíos, no es menos cierto que los hechos acontecidos implican una regresión, que podrá traducirse en el exilio de algunos valores eminentes o quizás en una nueva trágica persecución de los que parecen llevar por su origen racial, un estigma maldito.